



A la gloriosa memoria de los Mártires de Cristo asesinados en Asturias 7 de Octubre-1934-7 de Diciembre

Don Juan Puertas Ramón

Provvisor de la Diócesis

Don Aurelio Gago

Secretario de Cámara del Obispo

Don Ramón Cossío González

Párroco de Oviedo

Don Tomás Zuero Covilleles

Económico de Moredo

Don Manuel Muñiz Lobato

Económico de Valdecañas (Mieres)

Don Luciano Fernández Martínez

Párroco de la Rebollada (Mieres)

Don Joaquín del Valle Villa

Párroco de Olloniego

Don Venancio Prada Morán

Regente de Sama

Don Graciliano González Blanco

Económico de San Esteban de Cruces

Don Gonzalo Zurzo Fanjul, don Angel Cuatas, don Mariano Zuares, don José María Fernández Muñoz, don Juan Nastanón y don Jesús Prieto

Seminariatos

Don Cirilo Beltrán, don Marcelino José, don Victoriano Pío, don Julio Alfredo, don Benjamín Julián, don Benito de Jesús, don Agustín Andrés y don Aniceto Adolfo

Hermanos de la Doctrina Cristiana de Turón

P. Eufrasio del Niño Jesús, Jesuita Emilio Alvarez y Martínez, y Hermano de la misma Orden don Juan Bautista Arconada

Religiosos

Don Vicente Pastor y don Tomás Pallarés; Hermano coadjutor Salvador González, y el P. Inocencio, Pasionista de Mieres

Padres Paúles

Coronados de gloria y honor por ministerio de los ángeles, en el Cielo interceden en favor de la Patria, ante la Trinidad Augusta. Perseguidos en la tierra por odio al eterno sacerdote—Jesucristo—. El los ha incorporado a la Jerusalén de los Cielos colmando de dicha.

SOLEDAD!

Por Ceferino Suárez Bravo

contarte muchas cosas. Ahí tienes mis señas.

Y secando una tarjeta se la entregó.

—No faltaré, señor marqués—contestó el anciano.

En la mitad de la escalera se encontró con Ricardo y Camponredondo que subían, suscitándole la vista de Ricardo memorias que ligaban perfectamente, como venenos húmedo, con las que acababan de agitar su corazón en el salón histórico de la que había sido su casa.

III

Explicaciones

—Ya mi suerte es suaviza,
—No te ríes, vote a mí,
porque tras del carnaval
viene siempre la ceniza.
(Comedia anónima)

A las nueve de la mañana del siguiente día ya estaba Santiago llamando discretamente a la puerta de la habitación. La casa era nueva y alegre, situada en una calle estrecha,

y de poco tránsito, que corría a lo largo de una de las fachadas laterales del histórico palacio de los duques de Biscaya. Eduardo vivía éste de huéspedes en el cuarto planta. Una salida con balcón al poniente, que por su elevación permitía gozar la vista de la parte más amena y pintoresca de las afueras de la capital, y un dormitorio, constituyían toda la vivienda. Aunque el detalle no era largo, nuestros lectores nos excusarán si, apartándose de los modernos modales, omitimos la descripción del mobiliario. Básicos saber que no había ni un solo resto del antiguo esplendor del inquilino, ni un cuadro ni una estatua, ni un sillón, ni un tapiz. Las bornas humanas habían arrojado a Eduardo a las playas de la vida, completamente desnudo y sin ningún lazo exterior que le uniese con el pasado.

Aunque era madrugador, se levantó aquella mañana antes de la hora acostumbrada. La visita del día anterior tenía completamente avasallado su espíritu. Miraba el reloj, se acercaba al balcón, tomaba un libro, lo volvía a dejar, tornaba a mirar al reloj. Por fin oyó, dando un suspiro de satisfacción, llamar a la puerta de su cuarto.

—Adelante—dijo impaciente; y entró el suspirado Santiago.

—La hora es un poco matutina, señor marqués—dijo el criado, saludando respetuosamente; pero no tengo otra de que disponer.

—Hace dos que estoy guardando—contestó el joven—. Conoce sienta y chideiros.

Santiago se dirigió obstinadamente a tomar asiento.

delante del que consideraba como su amo de derecho. Nació en la casa de los marqueses de la Puente, lo mismo que sus padres y ascendientes, para él no habla otra dimisión legítima de ambo.

—Yo no me cansa de estar de pie—dijo el anciano—. Como que ése es mi oficio. Pregúnteme usted cuanto quiera; que por consiguiente no he de dejar de responderle.

—Tú no tienes nada que preguntarme, Santiago? No deseas saber qué es lo que me llevó ayer a la casa de don Gabriel Cádiz?

—Sí que lo deseo, y mucho; todavía no lie vuelto del asombro que me causó verle a usted en aquella maceta.

—Oyeme y verás si tú no hubieras hecho otro tanto en tu caso.

El anciano oyó con señales de vivísimo interés la relación que hizo Eduardo de los motivos que lo obligaron a presentarse en casa de su antiguo administrador y de su entrevista con éste.

Cuando concluyó, Santiago dijo, moviendo la cabeza:

—Esos rasgos revelan claramente su procedencia. Creíame usted, señor marqués. Don Gabriel no es hombre que se ocupe de los asuntos de nadie más que de los suyos. Todo eso, como si lo vieras, es obra de don Eleazar... de la señora. Se conoce que ella no le pierde de vista, y si estuviera en su mano devolvería toda su hacienda...

—Qué me cuentas? Ahora me haces caer en algunas circunstancias de misterio cifrística... ¿Conoce ese protector misterioso era doña Elena?

—Yo no lo sé pero me atrevería a jurarlo. ¡Oh!, una mujer como hay pocas. ¿Qué tiene de extraño que vele sobre usted, cuando ha velado sobre mí, con quien no le ligan, ni con mucho, las más bajas obligaciones? Pobre señora! Ninguna culpa tiene de los manejos y engrangos de don Gabriel; pero si el fin es su mujer, es madre de su hija y se ve obligada a soportar el fastidio y las riguras con que la abruma. Yo, que soy uno de los agentes de sus limosnas, se lo que ganan con ello los pobres...; pero no importa... Ella merecía como nadie ser feliz, y no lo es... Y eso qui si hay santos en el mundo...

—Lo creo, Santiago, lo creo—exclamó Eduardo con efusión—. Ayer la vi por primera vez; pero te aseguro que se ha captado todas las simpatías... ¡V' es claro!

—Utilizó impetuosamente, levantándose y acercando su calor... a una hija como Loisa correspondía irremisiblemente una madre como doña Elena.

Santiago se quedó con lo boca abierta mirando a su amo, que se paseaba agitado de un lado a otro de la estancia.

—Oíome, señor marqués; ¿Conoce usted a la señora Luisa?

—¿Que si la conozco, Santiago!—contestó Eduardo, parándose delante del asombrado anciano—. Desde hace dos años y medio no trato a nadie con más intimidad.

La sorpresa de Santiago suyo de punto.

—¿Qué está usted diciendo? Eso no puede ser...

—Conque va usted tan a menudo a la señora?

(Continuará)

